

V

En la apariencia, la verdadera guerra de la coalición, la guerra de principios, es la que la Inglaterra hizo a la Francia mucho más que la de las potencias continentales. Estas son el elemento material de la coalición: suministran los ejércitos; pero cada una de ellas lleva un fin egoísta, que persiguen bajo pretexto de una guerra contrarrevolucionaria. La Inglaterra, dicen algunos escritores célebres, es el alma de la liga, es el elemento moral. Madama de Staël es la primera que, en su manía británica, imaginó que la Inglaterra hizo la guerra a la Francia durante una vida de hombre, en nombre de la moral y de la libertad (1). Mr. Villemain abunda en esta manera de ver: ve una gran lección moral en la intervención inglesa. Las demás potencias eran monarquías absolutas; se ligaron contra la Francia, no tan sólo por sus excesos y sus violencias, sino por sus reivindicaciones de derecho natural, por sus reformas y por las libertades que había proclamado. Si el Austria y la Prusia, si la España y la Rusia hubieran permanecido solas comprometidas en la lucha contra la Revolución, la conciencia del mundo hubiera vacilado, ó más bien se hubiera pronunciado en favor de la nación que defendía la libertad a la vez que su independencia. Mr. Villemain dice que la alianza de Inglaterra con los soberanos del continente es un hecho providencial: "La nación inglesa quería y poseía la libertad, la promulgaba por medio de sus leyes y de sus ejemplos, mientras que la Francia deshonraba la libertad y la destruía con la más sangrienta opresión, mientras que las monarquías absolutas la negaban y se armaban contra ella. No se dirá que la Inglaterra, libre por sus instituciones y por la práctica constante de su gobierno y de sus costumbres públicas, se haya unido a la coalición por odio contra la libertad; gracias a ella, la victoria definitiva de la coalición no fué la del despotismo; fué, por el contrario, la verdadera libertad la que concluyó por triunfar," (2).

También nosotros admiramos la raza inglesa

(1) STAËL (madama de), *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, parte tercera, c. XIV.

(2) VILLEMAIN, *Recuerdos contemporáneos de historia y de literatura*, parte primera, p. 53, 54.

en su fuerte individualidad; le agradecemos el ejemplo que ha dado al mundo de la verdadera libertad. Pero tiene los defectos de sus cualidades: á fuerza de ser individual, se ha hecho orgullosa y egoísta. Cuando toma parte en las luchas del continente, es para proteger los intereses ingleses. Es, pues, una extraña ilusión el creer que la guerra que hizo a la Revolución haya sido una guerra de principios. La Inglaterra no se bate por ideas, sino por intereses. Después de todo, se le dirige un cumplimento de mal gusto al decirle que ha combatido los principios del 89. ¿No eran estos principios los suyos? ¿Correspondía a una nación que había hecho dos revoluciones contra el poder real el armarse contra la Francia revolucionaria? La soberanía del pueblo, la libertad, la igualdad misma estaban inscritas en su constitución. ¿Estos principios eran un crimen al pasar el estrecho? Es cierto que la Francia, más lógica y más apasionada, sacaba de esos principios consecuencias que no eran del gusto de la aristocracia inglesa. Pero ¿qué le importaba a la Cámara de los lores que los Franceses no quisieran cámara alta? En cuanto a los excesos y a los crímenes de la Revolución, ¿tenía derecho la Inglaterra para constituirse en juez de ellos?

En vano buscamos el elemento moral que trajo la Inglaterra a la coalición. Es cierto que cuando la propaganda revolucionaria condujo a la guerra de conquista, la Francia amenazó a la Europa con una nueva monarquía universal. Pitt tenía razón al decir que el peligro que la Europa había corrido en tiempo de Luis XIV no era nada en comparación del yugo que sufría bajo la dominación de la república y de Napoleón; tenía razón al decir que la guerra que él encendía sin cesar contra la ambición francesa tenía por objeto la libertad del continente. Pero ¿no tenía la Inglaterra un objeto más interesado? Hemos oído a los admiradores de la Inglaterra; escuchemos también a los historiadores que, sin ser enemigos de la nación inglesa, tienen más patriotismo que los defensores de la coalición. Mr. Mignet dice que Pitt se aprovechó de la Revolución para asegurar la preponderancia de la Gran-Bretaña, como Richelieu y Mazarino se habían aprovechado de la crisis de la Inglaterra en 1640 para establecer la dominación francesa en Europa: "El gabinete de Saint-James no era dirigido más que por motivos de interés

inglés: el imperio exclusivo en la India y en los mares," (1). "Bajo pretexto de perseguir un fin moral, añade Mr. Thiers, las potencias continentales no sirvieron más que para proporcionar a la Inglaterra el comercio del mundo. Eran víctimas tanto como cómplices. El Austria se hizo batir por la Inglaterra; el imperio de Alemania fué desmembrado por esa misma Inglaterra. ¿Qué importaba a los mercaderes de Londres que el imperio perdiese la orilla izquierda del Rin, que Austria fuese expulsada de Italia? Duplicaban su comercio y confiscaban todas las colonias, mientras que los ejércitos de la coalición combatían a los ejércitos republicanos," (2).

Los historiadores hostiles a la influencia inglesa acusan francamente de hipocresía a la Inglaterra. Mr. Michelet la llama el gran *Tartufe*; toma el lenguaje de la libertad, diríase un caballero, un Don Quijote, mientras que es un mercader que especula con los desórdenes revolucionarios (3). Creemos también que la libertad del mundo no figura en los manifiestos ingleses y en los discursos del parlamento sino como pretexto. La nación inglesa se contenta con ser libre por su cuenta: jamás ha pensado en hacer el papel de caballero andante. ¿Quiere esto decir que la lucha encarnizada que sostuvo contra la Revolución no fuese más que una especulación mercantil? En su principio, la guerra de la coalición contra la Francia fué una tentativa armada de contrarrevolución, una lucha del mundo antiguo contra el nuevo; el régimen que el Austria y la Prusia querían restablecer en Francia no era ciertamente el de la libertad. Cuando la Inglaterra se unió a las potencias del continente, los principios del 89 no estaban ya en litigio; entre esos principios había uno que rechazaba las conquistas. En el 93, la república empezó a olvidar el programa pacífico del 89, para lanzarse en las aventuras de una guerra de propaganda; y de la propaganda revolucionaria a la conquista, la pendiente era fácil y rápida. La Inglaterra no podía permitir que la Europa se revolucionase en provecho de la Francia. Por eso intervino en la coalición. Sin duda que la guiaba su interés; pero

este interés se confundía con la independencia de los pueblos.

Colocándose bajo este punto de vista, la historia puede hacer justicia al hombre de Estado que comprometió la Inglaterra en la larga lucha contra la Revolución. La Convención declaró a Pitt el enemigo del género humano. Sin asociarse a esos arrebatos de la pasión, todos los historiadores franceses juzgan al célebre ministro con un rigor exagerado. "Pitt, dice Mr. Thiers, es el Inglés que más ha odiado a la Francia," (1). Mr. Michelet le hace un reproche aún más grave: "Quiso, dice, crear una brecha eterna entre las dos naciones, ensanchar, profundizar el estrecho. El odio de los Ingleses a la Francia había sido hasta entonces un sentimiento instintivo, caprichoso, variable. Fué desde entonces el objeto de un cultivo sistemático que dió magníficos resultados. Creció y floreció," (2). Si Pitt ha odiado la Francia, hay que reconocer que la Francia le ha devuelto bien el odio. Los sentimientos que se le imputan serían más propios de un demonio que de un primer ministro de un gran Estado. Pascal dice que el hombre no es ni demonio ni ángel. Esto es cierto, principalmente respecto a los hombres políticos. Raramente tienen pasiones violentas, y la razón es muy sencilla: es porque el cálculo desempeña un papel más considerable en la dirección de los asuntos humanos que el sentimiento. Pitt fué ministro antes de la Revolución. En 1787 pronunció en la Cámara de los comunes palabras que están muy lejos de las rencorosas pasiones que se le suponen. "No vacilo, dice, en levantarme contra esta idea, muchas veces expresada, que la Francia es y debe ser la enemiga irreconciliable de la Inglaterra. Mi espíritu se niega a aceptar esta aserción como algo de monstruoso y de imposible. Es una debilidad y una puerilidad el suponer que una nación pueda ser necesariamente y para siempre la enemiga de otra." ¡Cosa singular! Los historiadores hacen de Pitt un segundo Anibal jurando un odio a muerte a la Francia. Y en la Cámara de los comunes oyó que le reprochaban que era un hijo degenerado de lord Chatham, y que su parcialidad para con los enemigos hereditarios de la Inglaterra debía sublevar

(1) MIGNET, *Historia de la Revolución francesa*, t. I, c. VII.

(2) THIERS, *Historia del consulado y del imperio*, lib. IX, é *Historia de la Revolución francesa*.

(3) MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, t. II, página 28.

(1) THIERS, *Historia del consulado y del imperio*, lib. IX.

(2) MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, t. II, página 28.

contra él los huesos de su ilustre padre (1). Si, pues, Pitt hizo una guerra implacable á la Francia, no es por odio al nombre francés. No es tampoco por odio á los principios del 89. En los primeros años de la Revolución estaba decidido á permanecer neutral. Todavía á la fecha del 7 de Noviembre de 1792, lord Grenville escribía á su hermano: "No haremos nada," (2). Esto era después del 20 de Abril, después del 2 de Septiembre, en vísperas del juicio de Luis XVI. La Inglaterra se reconcentraba en sí misma y permanecía espectadora de los excesos revolucionarios. ¿Por qué abandonó Pitt la neutralidad por la guerra? Cuando vió que la Revolución, de pacífica que era, se convertía en conquistadora. Si hay una censura que dirigirle, es la de que no haya aceptado la oferta de una alianza que le hizo la Francia revolucionaria. Era demasiado Inglés para comprender el lado humano de la Revolución y para asociarse á él.

§ III.—La moralidad de la coalición.

I

Sabemos lo que querían los coligados; por esto mismo la coalición está juzgada. Cada una de las potencias extranjeras tenía su ambición, que perseguían bajo la máscara del bien general de la Europa. En este sentido, el reproche de hipocresía que un historiador francés dirige á la Inglaterra puede aplicarse á todos los soberanos. Todos eran *tartufes*, todos mentían en sus manifiestos. La historia no censurará nunca con demasiada severidad la política de invasión que guiaba á la coalición. Lanzar á la Europa en las desgracias incalculables de una larga guerra bajo pretextos más ó menos especiosos, y, en realidad, para aprovechar los desórdenes de la Francia, como los vecinos de la Polonia habían explotado las disensiones de la república, tal era el fin de la coalición. Nada más obcecado que el interés personal. Los reyes no sabían cuál era el poder del monstruo revolucionario que atacaban. Contaban con repartirse la piel del león ó pescar en río revuelto, y se encontraron con que

(1) LORD STANHOPE, *William Pitt y su tiempo*, traducido del inglés y precedido de una introducción por Mr. Guizot, t. 1, páginas XIII y XIV.

(2) Fox, *Memorials and correspondance (Revue des Deux Mondes)*, 1866, t. 1, p. 167.

sus propios Estados fueron invadidos y divididos en pedazos. Si concluyeron por ser vencedores, no es á ellos á quien debieron la victoria; fué á los excesos del representante infiel de la Revolución; para abatirla, se vieron precisados á invocar los mismos principios de libertad y de independencia contra los cuales se habían coligado después del 89. Pero si restauraron sus Estados, no restauraron la monarquía absoluta. La Revolución, aunque vencida, fué victoriosa, y aun prosigue el curso de sus conquistas.

Si la coalición debe vituperarse cuando se considera el miserable objeto que perseguían los reyes coligados, se la debe también condenar cuando se toman por lo serio los manifiestos del 92 y del 93. No hay que confundir la primera alianza que se formó contra la Revolución con las coaliciones que la Europa, amenazada de una monarquía universal, opuso á las invasiones de Napoleón. La guerra del 92 se hizo contra un pueblo que había renunciado solemnemente á toda conquista. Era, en apariencia, una guerra de principios. Pues bien, aun ateniéndose al disfraz, hay que reprobar la empresa de los coligados. Su liga era una liga impía, porque se hacía en nombre de los intereses de los príncipes contra los derechos de la humanidad. En el momento mismo en que los coligados atacaban á la Francia, la filosofía reprobaba su empresa, por el órgano de Condorcet. Escuchemos la sentencia, pronunciada en nombre de los derechos del hombre, contra los que invocaban un pretendido derecho divino.

Según los reyes coligados, dice Condorcet, su autoridad sería independiente de la voluntad de los pueblos. El género humano sería, pues, el inalienable patrimonio de una docena de familias. Para usar este insolente lenguaje, es preciso que la tiranía crea que es incurable la estupidez de los pueblos. Durante largo tiempo han adorado á los príncipes como á seres sagrados; la Revolución ha colocado á los reyes en su lugar; no son más que unos hombres sometidos á las leyes emanadas de la voluntad nacional. Los acentos de la libertad penetrarán por todas partes, porque pertenecen á todas las lenguas (1). "Hombres de todos los países, escuchad cuáles son los principios que vues-

(1) CONDORCET, *la República francesa á los hombres libres* (Obras, t. XII, p. 113, edición de Arago).

tros amos persiguen á sangre y fuego: la soberanía inalterable del pueblo, los derechos del hombre, la libertad, la igualdad naturales. Vuestros príncipes temen, dicen, el contagio de nuestros principios. Quieren destruirlos en Francia, por miedo que no se propaguen por Europa. ¿No es esto declararse los enemigos del género humano? ¿No es esto decir á los hombres: No tendréis más libertad que la que esté en nuestro interés el dejaros?," (1).

Hubo sobre esas pretensiones del antiguo poder real un juicio de Dios, y para hacerlo más solemne, Dios tomó como jueces los reyes mismos que habían ultrajado la naturaleza humana, negándole sus derechos imprescriptibles. Poderosas coaliciones habían tratado en vano de destruir la monarquía universal que Napoleón levantó sobre las ruinas de la república. En 1813, los pueblos oprimidos se sublevaban, se apoyaban para derribar al coloso; y lo conseguían. ¿Cuál es la bandera de esta nueva coalición? Libertad, derechos del hombre, independencia de los pueblos. Es la bandera del 89. Y ¿qué dicen, en 1813, los reyes coligados contra la libertad y la independencia de la Francia revolucionaria? Inscriben esas palabras sagradas en sus manifiestos; á su vez se hacen revolucionarios, para ensalzar lo que habían condenado. Son los culpables mismos que pronuncian su sentencia.

Si, la coalición era en su esencia una contrarrevolución. Que los coligados estuviesen ó no á la altura de su papel, ¿qué importa? La aristocracia inglesa da la mano á la Europa monárquica para combatir los principios que pusieron fin al régimen de la aristocracia tanto como al de la monarquía absoluta. La Inglaterra se hace contrarrevolucionaria, ella que procede de dos revoluciones; la Inglaterra combate la libertad, ella que practicaba la libertad desde hace siglos y que la había enseñado á los librepensadores de Francia. ¿Qué contradicciones! De pronto, está uno tentado á decir que Pitt hacía la guerra á la falsa libertad, en nombre de la verdadera libertad. No, la contradicción es real. Uniéndose á la coalición, la Inglaterra, quisiera ó no, se hacía contrarrevolucionaria. Pitt no cesó de decir que no se alcanzaría el fin de la coalición

(1) CONDORCET, *la Nación francesa á todos los pueblos* (Obras, tomo XII, p. 508).

sino cuando los Borbones estuvieran restaurados en el trono. Y ¿significaba libertad el nombre de los Borbones? Balucearon esta palabra en 1814; pero la libertad y los Borbones eran tan poco compatibles, que quince años después, el hermano de Luis XVI volvió á tomar el camino del destierro.

Colocándose bajo el punto de vista providencial, puede decirse que la lucha entre el viejo mundo y el nuevo era inevitable; puede decirse que los reyes coligados eran los instrumentos ciegos de la Revolución, que gracias á su lucha insensata los principios del 89 se esparcieron en Europa. Pero los designios de Dios no justifican á los hombres. En el 92, los reyes coligados no pensaban ciertamente en ser los defensores de la libertad; si los emigrados hubieran sido vencedores, hubiesen hecho una contrarrevolución tan sangrienta como el Terror del 93, y el advenimiento de la libertad se hubiese aplazado un siglo. Según el fin confesado por la coalición, hay que juzgar á los coligados. Ese fin es tan condenable como son dignas de desprecio las miras secretas y la ambición oculta de los soberanos. La historia confirmará la sentencia de Condorcet, diciendo que la coalición es un crimen de lesa humanidad.

II

La coalición es el principio de la reacción contra las ideas del 89. Estamos siempre empeñados en ese movimiento de retroceso. Es, pues, natural que los primeros reaccionarios encuentren celosos defensores. Los unos niegan que la Europa monárquica haya tomado la iniciativa de la lucha; esto es achicar la coalición á la vez que alterar los hechos. Es inútil detenernos en esta apología, la más torpe de todas; hemos contestado á ella de antemano restableciendo la verdad histórica. Otros apologistas, confundiendo los tiempos, honran á los coligados de 1792 con los sentimientos que veinte años después sublevaron á los pueblos contra Napoleón. Á sus ojos, la Revolución y el imperio son solidarios. Hasta la Revolución es la más culpable, porque, pisoteando todo derecho, toda justicia, conmovió la Europa en sus cimientos y no dejó nada de pie más que la fuerza. La coalición, se dice, es la reacción del derecho histórico contra principios que tendían á la república universal ó á la monarquía universal; poco importa la palabra,